

Miguel de Cervantes: El tercer personaje

Sergio Pitol

China y Don Quijote se encuentran en los siguientes textos de y sobre Sergio Pitol. En el primero de ellos, el autor de La vida conyugal comenta la vida y obra de Miguel de Cervantes con agudeza y profundidad para mostrárnoslo no sólo como el creador de la novela más influyente de la literatura occidental, sino inmerso en su propia ficción: el tercer personaje junto a Alonso Quijano y Sancho Panza. Por su parte, Pilar Jiménez registra el emotivo retorno de Pitol a la milenaria China.

Hace unos meses en el Instituto Cervantes de Nueva York, Harold Bloom leyó una ponencia sobre Cervantes y Shakespeare. Para Bloom estos dos autores comparten la supremacía entre todos los escritores occidentales desde el Renacimiento hasta nuestros días. La diferencia radical entre ellos, dice, es que Shakespeare nos enseña a hablar con nosotros mismos y, en cambio, Cervantes nos enseña a hablar entre unos y otros. Hamlet es, en definitiva, un individuo indiferente hacia sí mismo y hacia los demás, mientras que el hidalgo español se preocupa por sí mismo, por Sancho y por quienes requieren ayuda.

“En sus obras Shakespeare no aparece ni siquiera en sus sonetos. Esa casi invisibilidad es la que anima a esos fanáticos que creen que cualquiera menos Shakespeare haya escrito las obras de Shakespeare. Cada cierto tiempo descubren un nuevo autor de *Troilo y Crésida*, *Medida por medida*, *Otelo*, *La tempestad*. Que yo sepa, el mundo hispánico no da refugio a ningún aquelarre que se esfuerce por demostrar que Lope de Vega o Calderón de la Barca escribieron *Don Quijote*. Cervantes habita su gran libro de manera tan omnipresente que necesita-

mos darnos cuenta de que contiene tres personalidades excepcionales: el caballero andante, Sancho y el propio Cervantes”. Hasta allí Bloom.

¡El propio Cervantes, sí, el tercer hombre de una obra! Un Cervantes de quien no sabemos casi nada, de quien hay sólo dos retratos, uno en la Real Academia Española de la Lengua y otro en una colección privada, pero se duda que sean auténticos. No hay cartas, ni papeles íntimos, ni libros que estuvieran en su biblioteca. Pero su presencia en el libro es inmensa.

Comencé a leer *El Quijote* en la adolescencia y voy ya en la quinta lectura, conozco también las *Novelas Ejemplares* y los *Entremeses*, nada más, pero con frecuencia. De su vida sólo sabía que había nacido en Alcalá de Henares, que fue herido en una mano en la batalla de Lepanto, que pasó algunos años cautivo en Argel, que al regresar, y ya libre en España, se dedicó a las letras y que *El Quijote* lo volvió famoso.

Las biografías de Cervantes por lo general, tanto en España como en otras partes, solían antes presentarlo como un santo, un héroe, un mártir, o todo a la vez. Una

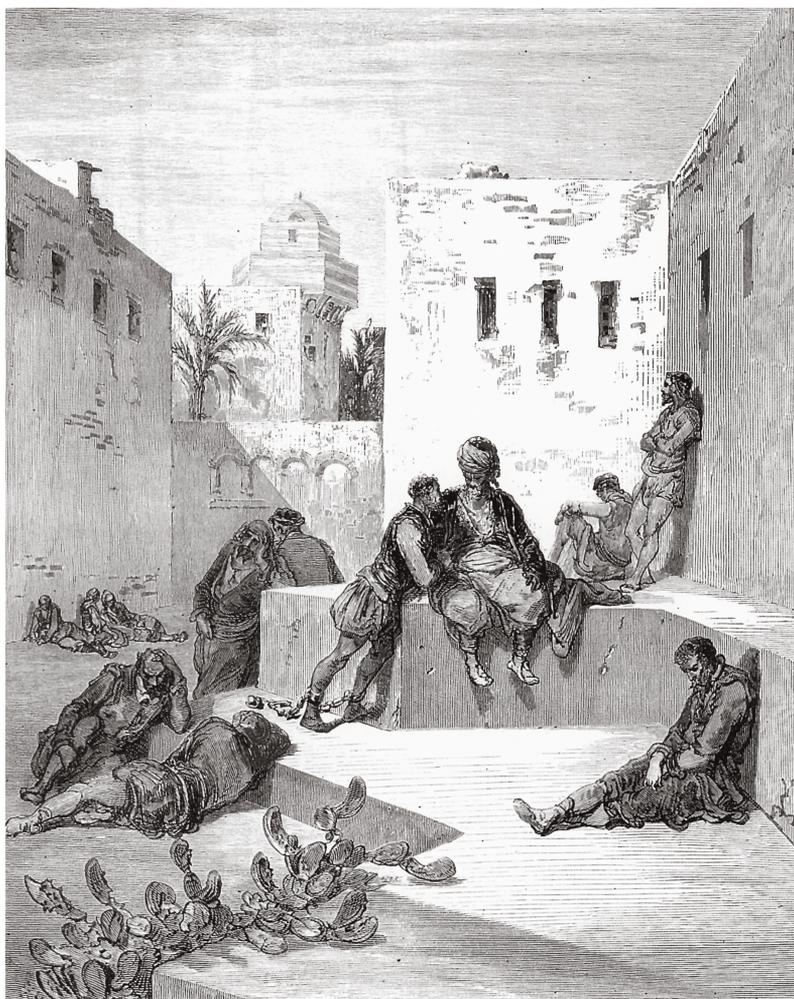
de las más interesantes es la del francés Jean Canavaggio, especialista en Cervantes, en la que ampliamente me apoyo; tiene la cualidad de destacar los interrogantes tanto como las afirmaciones. De su padre, un cirujano mediocre y derrotado, se puede conocer el itinerario de su vida. Va de ciudad a ciudad para ejercer su oficio. Algunas veces cayó en prisión por deudas. Por las actas judiciales y notariales se podrían seguir todas sus rutas. No se sabe si sus hijos vivían con él o con algunos familiares. En cambio, la primera señal de su hijo Miguel fue de 1568; a sus veintiún años aparecieron cuatro poemas con su nombre en una relación oficial de las exequias de Isabel de Valois, esposa de Felipe II. Al año siguiente, una provisión real ordenaba aprisionar a un joven llamado Miguel de Cervantes, condenado a cortársele públicamente la mano derecha y a ser desterrado por diez años del reino. Fue por un duelo. Poco después aparece en Roma al servicio de Giulio Acquaviva, un jovencísimo cardenal, de mala fama según Juan Goytisolo, quien lo protegió y lo hizo su ayuda de cámara. Un año después abrazó la carrera de armas. Es herido en Lepanto contra los turcos, donde sufrió la herida de una mano y otras del pecho. Inmediatamente se le nombró *soldado aventajado* para que pudiera cobrar rápidamente un sueldo más alto. Residió en Italia durante cinco años. Vivió el final del Renacimiento y el inicio de la Contrarreforma. En España, Italia y el imperio austriaco se clausuraba la experimentación filosófica y científica, agostando todas las libertades. En el prefacio de *La Galatea*, su primera novela, recuerda las conversaciones iluminadas en el Palacio de Acquaviva. La novela fue dedicada al príncipe Colonna, un íntimo amigo del cardenal. En cada sesión el diálogo recaía en torno a la dignidad de la persona y las ideas sobre la armonía del hombre y la naturaleza propugnadas por los humanistas italianos. Según Manuel Durán, hablarían de Campanella, Bruno, Paracelso, quienes elaboraron sus propias teorías científico-filosóficas sobre las artes mágicas. Recordarían también que Pico della Mirandola se había convencido de que la magia, la cábala y la religión estaban unidas por lazos indisolubles. Veinte años después en Italia, la Contrarreforma habría arrasado aquel clima de creación cultural. Algunos humanistas se exiliaron en los países protestantes, otros se volvieron invisibles, otros más fueron quemados en las plazas públicas o se pudrieron en las salas de tortura de la Inquisición.

Cervantes fue un lector insaciable. En Italia leyó, sobre todo, a Petrarca, Ariosto, Tasso, Boccaccio y Bandello. Cinco años después de llegar a Roma trató de volver a su país, con una cultura amplia y refinada y con una inmensa experiencia vital. Probablemente la persecución por el duelo estaría ya anulada. De camino a España es hecho prisionero por los berberiscos frente a la costa de Cataluña. Cinco años estuvo cautivo en Argel. Al llegar a tierra, los pasajeros y marineros de la fragata

en que viajaba fueron repartidos en los mercados de esclavos. Cervantes no sufrió esa humillación; el capitán de la nave, Dalí Mamí, un griego converso, amigo del gobernador de Argel, lo eligió como empleado personal. Al revisar el equipaje del cautivo, el capitán encontró algunos documentos con varios sellos oficiales, los hizo traducir y para su sorpresa encontró dos cartas de recomendación firmadas una por don Juan de Austria, el hermano bastardo de Felipe II, el héroe de Lepanto, y otra del Duque de Sessa, dos grandes de España. Esas firmas prestigiosas lo salvaron de hacer cualquier trabajo. Dalí Mamí, persuadido de que tenía en las manos a un personaje excepcional de la nobleza española, le puso como precio de rescate la exorbitante suma de quinientos escudos de oro. La historia que cuenta el cautivo en *El Quijote* está compuesta por pasajes autobiográficos: “Yo estaba encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran a los cautivos cristianos, así los que son del rey como los de algunos particulares. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautivos, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga el rescate. También los cautivos del rey no salen al trabajo con la demás chusma”.



M. Wensell, retrato de Cervantes en su estudio



G. Doré, cautiverio en Argel

Uno de los testigos que declararían en su favor, al ser liberado cinco años después, insistió en sus excelentes relaciones con la élite de sus compañeros, “toda la flor de los cristianos cautivos en Argel”, sacerdotes, magistrados, religiosos de varias órdenes, gentilhombres, oficiales y demás servidores de Su Majestad. Todos ellos lo respetaban, salvo unos cuantos que lo aborrecían visceralmente por saber que mantenía relaciones con renegados y moros ricos, como su amo y su familia y altos funcionarios.

En esa sociedad argelina abierta en la época adonde llegó Cervantes aparece una serie de minorías nacionales diferenciadas hasta el extremo, corsarios renegados nativos de toda la cuenca del Mediterráneo y representantes de “todas las naciones cristianas”, en medio de un mundo abigarrado de artesanos moriscos, de tenderos renegados, y una colonia judía. Esas minorías mantenían relaciones extremadamente complejas como aparecen en las ficciones cervantinas, nos proponen una visión poco maniqueísta y permiten vislumbrar lo que la España inquisitorial ignoraba: la cohabitación pacífica de diversas comunidades.

En los años que estuvo cautivo en Argel Cervantes trató cuatro veces de escapar con otros colegas, pero nunca lo logró. Casi todos los evadidos fueron castigados terriblemente, empalados, mutilados, otros, los me-

nos, sometidos en los baños a golpes, hambre y cadenas para siempre. Un cronista de la época, fray Diego de Haëdo, escribe sobre el último intento de fuga de Cervantes; la meta era llegar a Orán, entonces territorio español, con un moro como adelantado. “El dicho moro, llevando las cartas a Orán, fue tomado de otros moros y sospechando del mal por las cartas que le hallaron, le prendieron y le trajeron a Argel a Hasán-Bajá, el rey, quien, vistas las cartas y la firma y nombre del dicho Miguel de Cervantes, mandó empalar al moro, el cual murió con mucha constancia, sin manifestar cosa alguna; y al dicho Miguel de Cervantes mandó dar dos mil palos”, y otra crónica contradujo: “Hasán-Bajá jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez”. Lo extraño fue que Hasán-Bajá no sólo le salvó la vida, sino que lo tuvo encerrado en su mismo palacio, y cuando su dueño regresó de un viaje, Hasán le compró su esclavo por el precio inicial de quinientos escudos de oro.

Durante el cautiverio de Argel fue uno de los escasos españoles que tenían tratos con renegados, unos fabulosamente ricos, otros poderosos como el mismo rey Hasán-Bajá. Los renegados con quienes conversaba eran por lo general de su misma edad o aun más jóvenes; su vida era suntuosa y gozaban los muchos placeres que ofrecía Argel. Procedían de Europa del Sur, españoles, venecianos, griegos, albaneses, sicilianos y chipriotas; como Cervantes, habían sido cazados en el mar. Al poco tiempo de llegar se hicieron mahometanos, casi siempre por insistencia de sus dueños y se convirtieron en hombres libres, y luego opulentos y poderosos. Uno podría imaginar sin mayor dificultad que el joven Cervantes, protagonista ya de tantas aventuras desde su fuga de Madrid, sumara una más, e imitando a los jóvenes renegados se volviera un descreído, verdadero o falso. Bastaría decir “creo en Alá, en Mahoma y el Corán”, sin ser cierto, y hacer abluciones y arrodillarse cuando cantaba el muecín desde lo alto de un minarete y peregrinar una vez en su vida a La Meca. Tal vez, cuando se le acercaban esas visiones recordaría Lepanto, la más grandiosa batalla donde por primera vez los cristianos derrotaron a los turcos y que le costó la inmovilidad de una mano, o temería sustituir poco a poco el castellano con que escribía sus poemas por esa *lingua franca* compuesta de la suya y el árabe, el italiano u otros idiomas, que seguramente no sería apta para la lírica, o, tan sólo, sentiría vergüenza hacia su familia o nostalgia de su patria y sus amigos. Y entonces se aterrorizaría y “durante días y días componía versos en alabanza de Nuestro Señor y de su bendita Madre y del Santísimo Sacramento y otras cosas santas y devotas, algunas de las cuales comunicó particularmente conmigo y me las envió que las viese”,

declaró un doctor llamado Sosa, uno de los testigos que abogó en su favor, al ser al fin liberado. Esos poemas místicos, fueran perfectos o torpes, y las largas horas de rezos serían un contrafuerte a cualquier tentación y cuando ya eso no era suficiente tramaría planes de fuga y los pondría en acción con un afán desesperado de libertad, para terminar siempre en una derrota total.

En agosto de 1580 dos monjes trinitarios llegaron a Argel para rescatar a un centenar de cautivos, puestos en venta por Hasán-Bajá. El término de su reinado había concluido y preparaba su retorno a Constantinopla. Las negociaciones habían llevado seis meses. La familia de Cervantes sólo pudo conseguir doscientos ochenta escudos, las dotes de sus hermanas, por cierto; los otros doscientos veinte los consiguieron los trinitarios del fondo general de su orden y de los mercaderes cristianos instalados en Argel. El 24 de octubre se embarca con otros prisioneros. Su cautiverio duró cinco años y unos días más. Llegó a los veintisiete años y salió a los treinta y dos. Las últimas semanas en Argel fueron infernales. Un dominico, Juan Blanco de Paz, el más acérrimo enemigo de Cervantes, al enterarse de que podría ser rescatado y volver a España, inició una violenta campaña de difamación en su contra. Era una acusación sobre “cosas viciosas y feas, y una demasiada cercanía a los berberiscos”. La amenaza era grave, porque se suponía que Blanco de Paz era comisario de la Inquisición y la inculpación de “cosas viciosas” podía implicar la sodomía, costumbre natural en Argel. Los frailes trinitarios requirieron una rápida información sobre la vida en cautiverio del acusado, sus ideas, prácticas cristianas, conducta moral, costumbres, intimidad, etcétera. Se le hizo un juicio. Doce testigos de alta reputación elogiaron su ortodoxia cristiana, su fervor, su respeto a los compañeros, y lo consideraron como un individuo “casto y recogido”.

II

Repito. No sabemos nada de la niñez y adolescencia de Cervantes, sólo que su padre era un cirujano que rozó casi siempre la miseria. No cursó ninguna universidad. La primera vez que su nombre aparece en letra de imprenta está al lado de unos poemas mediocres. Tenía ya veintiún años. A esa edad ya debería tener un oficio, pero no lo conocemos. Al año siguiente, después de un duelo es perseguido. De pronto aparece en Roma protegido por un joven cardenal, que había viajado a España para estar presente en los funerales de la reina. Se hace soldado, y su primera batalla, la de Lepanto, deja su mano para siempre inamovible. Pasa en Messina una larga convalecencia. Aunque baldado, siguió con un cargo y sueldo alto de soldado en Nápoles y Sicilia. En 1575,



Retrato de Cervantes en una pintura de F. Pacheco

trató de volver a España, pero su nave fue atacada por los árabes. Durante cinco años es cautivo de ellos. Lleva en su equipaje cartas de recomendación de don Juan de Austria, hermano del rey, y del duque de Sessa. El capitán de barco supone que era un personaje importante en la corte y que sus familiares pagarían un alto precio por su rescate. En Argel se movía con facilidad entre todos los cautivos cristianos que esperaban rescate, caballeros de grandes familias y oficiales de alto grado, pero también con renegados opulentos, lujuriosos y poderosos.

Que un joven pobre, sin haber pasado por una universidad, ni ser militar de carrera, se moviera entre aristócratas, cardenales y magnates resulta casi inconcebible. ¿Qué atractivo tenía para ellos, aun hasta para que un cardenal se arriesgara a salvarlo de la prisión? Su personalidad debe haber sido extraordinaria, su vida está colmada de incógnitas. Hay largas temporadas, hasta de años, que nadie tiene noticias de él. Cada acto suyo es una figura elíptica, cada respuesta es sólo conjetural. Cuando uno cree que llegó a tierra firme surge una neblina que diluye las aristas. Todo lo que poseemos es relativo; con él las cosas tienen un revés. La única certeza, y ésa llegará mucho después, es que fue un escritor genial.

La ilusión de una nueva vida que esperaba en España se evaporó casi de inmediato. Marchó a Portugal, donde Felipe II había sido coronado. La corte estaba en Lisboa.

Encontró allí amigos españoles conocidos en sus años italianos, y ninguno lo ayudó para procurarle un puesto, salvo una visita corta a Orán, propiedad española, gracias a su conocimiento del mundo berberisco. Al regresar a España escribió unas cuantas obras teatrales. Se casó con Catalina de Salazar, él de treinta y siete años y ella de dieciocho. Inició una parte de su novela pastoril, *La Galatea*, obra que anunciaba ser de seis partes; las cinco posteriores no existieron. Y hasta 1602 no volvió a escribir. En esos años ejerció horribles oficios de comisario de abastos, o cobrador de alcabalas y otros impuestos en Andalucía. Cuando envió una brillante hoja de servicios a Felipe II con un memorial solicitando un empleo en las Indias, la negativa fue cortante: “Busque por acá en qué se le haga merced”. Juan Goytisolo intuye que el rechazo tan tajante a esa petición y a cualquier otro destino respetable en el reino es fruto de la acusación de Blanco de Paz en Argel, archivada en los registros de la Inquisición, las dos graves culpas, el nefando vicio y la sangre judía, fortalecidas por la voz de Quevedo. Cervantes no era un hombre capacitado para el manejo de dineros y fue encarcelado en Castro del Río por unos cuantos días (1592), y tres meses en la cárcel de Sevilla en 1602. Allí concibió *El Quijote*, que publicó en 1605; parecería ser la primera señal de un feliz nuevo tiempo;

pero no fue así, días más tarde de aparecer el libro, un caballero fue asesinado ante la puerta del escritor. Un juez detuvo a todos los vecinos, entre ellos Cervantes, su mujer, sus hermanas Andrea y Magdalena, Constanza, hija natural de Andrea, e Isabel, hija natural del escritor (o de su hermana Magdalena). El encarcelamiento duró sólo un día; pero en las declaraciones del proceso se reveló la moralidad del hogar del escritor, donde entraban caballeros a todas horas de noche y de día. Fue un escándalo.

A los cincuenta años vivía Alonso Quijada, o Quijano, un hidalgo de mediana posición, quien decide cambiar de vida y transformarse en caballero andante. “De mí sé decir que soy un caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos”. Su creador, en cambio, Miguel de Cervantes, decidió volver a su primera profesión, la literatura. En la prisión de Sevilla, entre la más inmunda escoria de la sociedad, comenzó a esbozar algunas partes de una novela, *Don Quijote*, y siguió trabajando ya en libertad con tal pasión y esfuerzo como su protagonista. Logró escribir una obra de excepcional grandeza. Hasta el último día de su vida, a los sesenta y nueve años, no dejó ya de crear obras maestras. Es extraordinario que algún autor en aquella época recomenzara el oficio de escritor abandonado treinta años atrás. Shakespeare a los cuarenta y nueve volvió a Stratford, su pueblo natal, para ya no escribir más.

El Quijote es una obra maestra, aunque los españoles, hasta los más cultos, no lo lograron entender durante mucho tiempo. La forma, la estructura, los personajes, el tema de la locura son novedosos, todo eso lo haría ya interesante, pero *El Quijote* es otra cosa más, es la obra de un escritor genial, un escritor que ha tejido todas las fases de su vida, la Italia renacentista, los cuarteles, los hospitales, el frente de batalla, los baños de Argel, la muchedumbre de diversas naciones e idiomas, los miles de leguas en mula recorridos de treinta años en trabajos humillantes, las lecturas y la bajeza, la infamia, la persecución de quienes lo habían tratado, pero, también, la exaltación, la felicidad, la risa y la grandeza del mundo por otra parte; todo eso se mueve en su interior. Invisible, Cervantes se convierte en el tercer personaje al que aludía Harold Bloom junto a don Quijote y Sancho Panza.

A finales de la Edad Media surgieron las novelas de caballería, las pastoriles y las picarescas. En el Renacimiento aparecieron obras maestras en cada uno de esos géneros. Cervantes aprovechó y mezcló los procedimientos característicos de esos géneros narrativos, pero incorporados en su escritura se convertían, como en *Rinconete y Cortadillo* o *El coloquio de los perros*, en parodia y crítica del mundo. *El Quijote* es eso, pero alimentado por miles de recursos literarios y filosóficos.



E. Delacroix, Don Quijote en su biblioteca

Uno de los ejes fundamentales de la novela consiste en la tensión entre demencia y cordura. Los protagonistas dialogan durante todo el libro. Don Quijote y Sancho pocas veces se separan; riñen y se concilian; hay una historia de fidelidades e infidelidades de Sancho, que constituye uno de los aspectos más reveladores del libro. Llega un momento, como todos sabemos, en que Sancho habla como don Quijote, y en que don Quijote no puede existir ya sin Sancho.

En la primera parte de la novela sus andanzas terminan en desastres, se extravían a cada momento, en cada aventura el cuerpo de don Quijote yace descalabrado, apaleado, pateado, con huesos y dientes rotos, o sumido en charcos de sangre. Esos acontecimientos hacían reír a sus contemporáneos, quienes leían el libro para divertirse. Lo cómico allí es lo aparente, la presencia de la locura. Pero en el subsuelo del lenguaje se esconde el espejo de una época inclemente, un anhelo de libertad, de justicia, de saber, de armonía. Cervantes fue desde joven un admirador de Erasmo, por lo que logra intuir la superioridad de la vida interior que vencerá al fin la vacuidad de los cultos exteriores.

Los románticos del XVIII concibieron esa visión. De loco o payaso don Quijote se convierte en un protagonista universal de la justicia, el honor, la libertad, casi la santidad. Friedrich Schelling escribe: “La idea absoluta de *Don Quijote* es la lucha del ideal contra la realidad, que domina la obra entera a través de las más diversas variaciones. A primera vista, el hidalgo y el ideal parecen derrotados, pero ello es sólo aparente, pues el triunfo absoluto del ideal es el que se desprende del conjunto de la obra”.

Así, la locura se convierte en una variante de la libertad. La libertad que define en *El Quijote*:

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre, por la libertad así como por la honra se puede y se debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”.

Se permite libertades que pocos se atreverían. En un discurso, uno de los más soberbios del libro, pronunciado a un grupo de cabreros totalmente ignorantes, compara los tiempos pasados con los detestables en que ellos vivían, donde el mundo se ha pervertido, manchado y corrompido. Es un discurso de aliento humanista, renacentista, libertario. Ustedes lo conocerán porque se ha citado muchas veces. Comienza:

“—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras *tuyo* y *mío*”.

Y en el cuerpo del monólogo se encuentra:

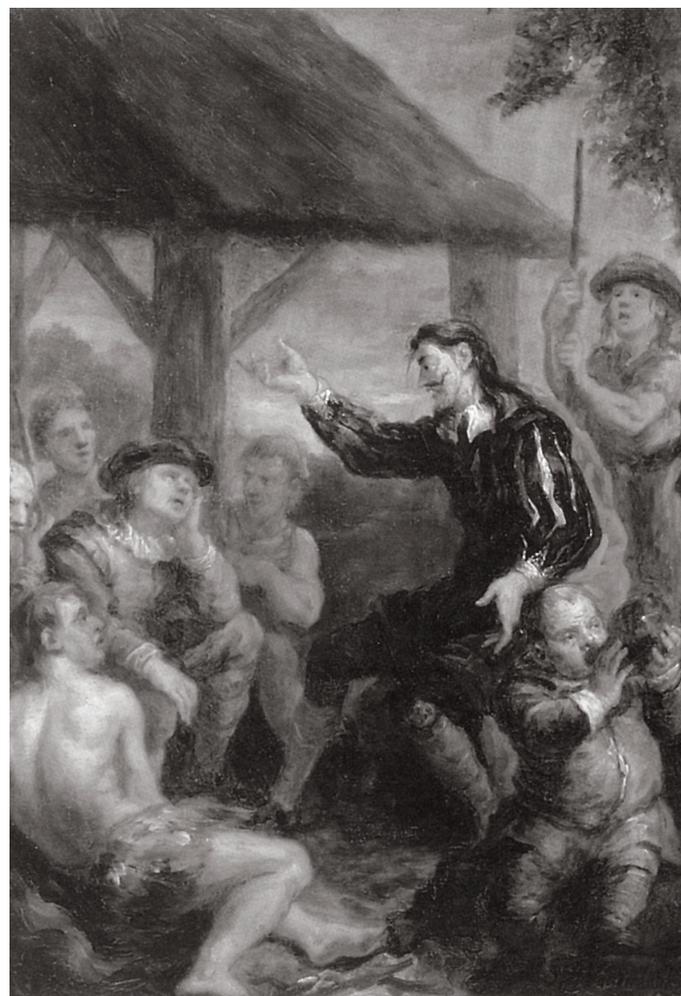
“Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia... Entonces se declaraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había el fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado... Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está ninguno seguro... Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra”.



Muñoz Dedraín, Don Quijote dictando sus últimas voluntades



P. Bonington, Don Quijote



J. Vanderbank, Episodio de la primera parte de *El Quijote*

Salvo las nueve últimas disparatadas y regocijantes líneas que descienden a celebrar la orden de los caballeros andantes, la lección de don Quijote sería casi un fragmento de *La ciudad del sol*, la utopía de Campanella, a quien, por escribirla, recluyeron varios años atormentándolo hasta ejecutarlo en las cárceles de la Inquisición.

El capítulo donde Sancho Panza encuentra a Ricote, el morisco, quien relata todos los sufrimientos de él y su familia en el extranjero debido al edicto del rey de desterrar a cientos de miles de su raza es el más atrevido de toda la obra. Thomas Mann se asombró del valor de Cervantes para tocar aquel asunto, entonces muy reciente, y de que en la novela llegara a permitirse hablar de la “libertad de conciencia”.

De esa manera Cervantes se protegía de la Inquisición y la censura oficial, y dejarían pasar esos atrevimientos por ser diálogos de orates.

La libertad la ejerce también Cervantes en la estructura de *El Quijote*. Las novelas de la época: la picaresca, la pastoril y la de caballería eran lineales y seguían cánones cerrados. La novela de Cervantes tiene la virtud de integrar de otro modo los procedimientos de aquellas y fundir las realidades complejas de la vida íntima, biográfica y social en un único orbe novelesco. La demencia le ofrece un marco propicio y la imaginación lo

potencia. Hay espléndidas novelas cortas esparcidas en el viaje de don Quijote y Sancho, algunas sin relación con la trama, por ejemplo, una oscura historia de amor y muerte, “El curioso impertinente”, que sucede en la lejana Florencia, encontrada por un sacerdote en una venta y leída a los viajeros y los mozos de servicio; a veces surgen de pronto monólogos filosóficos, discusiones sobre literatura y teatro en términos académicos. Don Quijote y Sancho se sorprenden porque de pronto existe ya un libro que relata sus aventuras, y ellos comentan si el autor es realidad o ficción. Es difícilísimo a un autor armonizar una trama donde la tragedia o la crueldad estén integradas también al carnaval, la parodia y la caricatura. Y aún más arduo, que esas infinitas imbricaciones logren un resultado de esplendor, de veracidad y de grandeza.

El Quijote se adelantó a su época. No hay ninguna ulterior corriente literaria importante que no le deba algo: las varias ramas del realismo, el romanticismo, el simbolismo, el expresionismo, el surrealismo, la literatura del absurdo, la nueva novela francesa, y muchísimas más encuentran sus raíces en la novela de Cervantes. Víktor Sklovski, en 1922, descubrió que la novela no sólo era la más nueva en la época de Cervantes, sino que en el siglo XX, en la época de las vanguardias, seguía siendo la más contemporánea de todas.